

DESCUBRIMIENTO Y EXPLORACION

EVOCACION A LA HISPANIDAD



Mayor ROBERTO IBAÑEZ S.

Al recordar la inmortal hazaña del 12 de octubre de 1492, que dio con el descubrimiento del continente americano, deseo, omitiendo la narrativa cronológica y los aspectos biográficos de sus ilustres protagonistas, que a manera de fantástico cuento aprendimos desde niños, resaltar la verdadera importancia del suceso, que dividió completamente la historia política, económica, social y científica del mundo, permitiendo en su afortunado traumatismo, que España nos legara su cultura como la mejor herencia, y que el proceso de conquista diera lugar al nacimiento de una nueva raza que es la esencia de nuestra

nacionalidad y el orgullo espiritual iberoamericano.

Mas, para compenetrarnos con tantas circunstancias, conviene trasladar nuestras mentes a los siglos XIV y XV, cuando empezaba a disiparse la penumbra de la noche medioeval con el resurgimiento del pensamiento clásico de la inmortal Grecia y de la Omnipotente Roma, que a duras penas se había salvado del olvido entre los pétreos murallones conventuales de los Benedictinos, verdaderos padres del Renacimiento, animador éste a su vez de las grandes conquistas intelectuales artísticas y científicas, y por ende quien lanzó sobre la ilimitada inmensidad azul de los océanos, los navíos lusitanos de Marco Polo hacia el Oriente y las tres carabelas de Castilla sobre el ignorado mundo del Oeste, donde imperaba el sol como un Dios solitario; ya sobre la fiera virginal de la maraña inhóspita, sobre la altivez majestuosa de los Andes, o sobre el alma libre, mítica y salvaje de nuestros antepasados.

Y como una estrella en la noche aborigen de América, llegó el estandarte castellano del intrépido sabio de Pavía, y este Continente, una cuarta parte de la tierra, se incorporó como un milagro de Dios sobre la geografía del mundo, aun cuando su gran descubridor quizá no tuvo conciencia de la inmensidad de su aventura.

Empezó así a despejarse el camino para los bizarros hijos de la fama y una a una las islas pobladas de caribes cedieron el paso a los peninsu-

lares: tembló el azteca con su gigante imperio ante la espada de Hernán Cortés, siguiendo en el ocaso a sus vecinos los Mayas, sabios relucientes de la América precolombina. En el sur, los hijos del sol del Cuzco pronto se desmoronaron con su grandeza ante las huestes de Pizarro, dejando sin embargo en la agonía de su gloria el martirio de Atahualpa y la heroica resistencia del II Manco Capac; mientras acá los pacíficos chibchas mostraron su desnuda impotencia ante Quesada, Federmán y Alfinger, en medio de un dorado que se esfumó entre montañas de ambiciones y cordilleras de leyendas.

En el decurso de las grandes conquistas del hombre, no existe quizá una sola digna de parangonarse en heroísmo con la que España realizó en América; en esta tierra fecunda y salvaje, donde la geografía erigió montañas para ser dominadas apenas por los cóndores, donde la naturaleza con su asombrosa fertilidad hizo brotar extensos bosques, impenetrables a la civilización; ríos caudalosos que enmarcan los más exóticos paisajes y un clima solo tolerable por el abo-sigen y la fauna que le rodeaba. Por eso Dios señaló para su conquista al auténtico pueblo español, cuyas virtudes como un céfiro volaron desde California hasta la Tierra del Fuego y confundiendo con el medio ambiente, durante tres siglos forjaron la nueva imagen de América, de esta América Española; mezcla indomable de intrepidez conquistadora con heroica resistencia, fusión de sangre rebelde

con valor castellano; matiz de piel morena bronceada por los soles caniculares del Africa esclava con la tez cobriza del indígena y la blanca de la leyendaria España.

Por esto, cuando los hijos de América sintieron en su sangre el deseo de emanciparse de la península, crearon al calor de una epopeya por demás gloriosa, nuevos Estados soberanos que orgullosos de su ancestro se proyectaron hacia el devenir con fe y esperanza.

Bolívar, Sucre, Córdoba y muchos otros, no fueron más que genuinos españoles americanos, otros como Padilla, Rondón y Piar, mestizos y zambos que sin quedar atrás en heroísmo pugnaron por la misma causa; de ahí que cuando los estandartes hispanos descendieron del Ande al mar rumbo a la tierra castellana, el tricolor incólume de Colombia rindióles tributo de veneración; porque la raza del Cid y de Pizarro, del Gran Capitán y de Quesada, al confundirse con la sangre india del nuevo continente, a más de engendrar sus virtudes y crear nexos indestructibles de hermandad, enseñó al mundo de los bárbaros, como para honra de la humanidad y bendición eterna de los pueblos, se conquista sin exterminio y se coloniza sin complejo racial. Esta es pues la verdadera imagen del 12 de octubre; compendio de la historia mundial sobre la fisonomía de un pueblo que debatiéndose con su problemática interna, hoy sin embargo se levanta como un árbol de paz en medio del bosque universal de las tormentas.